

Guimarán volvió á temblar; sintió la humedad de los piés de nuevo... y apretó el paso. Hubo más, se le figuró que le seguían; que á veces le tocaban sutilmente las faldas de la levita y el cabello del cogote... Y como estaba solo, seguramente solo... no tuvo inconveniente en emprender por la cuesta abajo un trote ligero, con el paraguas debajo del brazo...

«No, no hay Dios, iba pensando, pero si lo hubiera estábamos frescos...»

Y más abajo:

«Y de todas maneras, eso de que le han de enterrar á uno de fijo, sin escape, en ese estercolero... no tiene gracia.»

Y corría, sintiendo de vez en cuando escalofrios.

Don Pompeyo tuvo fiebre aquella noche.

«Ya lo decía él; ¡la humedad!»

Deliró.

«Soñaba que él era de cal y canto y que tenía una brecha en el vientre y por allí entraban y salían gatos y perros, y alguno que otro diablejo con rabo.»



XXIII

**T**ECUM principium in die virtutis tuæ in splendorum sanctorum, ex utero ante luciferum genui te.»

Esto leyó la Regenta sin entenderlo bien: y la traducción del *Eucologio* decía: «Tú poseerás el principado y el imperio en el día de tu poderío y en medio del resplandor que brillará en tus santos: yo te he engendrado de mis entrañas desde antes del nacimiento del lucero de la mañana.»

Y más adelante leía Ana con los ojos clavados en su devocionario: *Dominus dixit ad me: Filius meus es tu, ego hodie genui te. Alleluia.*

¡Sí, sí, aleluya! ¡alleluya! le gritaba el corazón á ella... y el órgano, como si entendiese lo que quería el corazón de la Regenta, dejaba escapar unos diablillos de notas alegres, revoltosas, que luego llenaban los ámbitos oscuros de la catedral, subían á la bóveda y pugnaban por salir á la calle, remontándose al cielo... empapando el mundo de música retozona. Decía el órgano á su manera:

Adiós, María Dolores,  
 marchó mañana  
 en un barco de flores  
 para la Habana.

y de repente, cambiaba de aire y gritaba:

La casa del señor cura  
 nunca la ví como ahora...

y sin pizca de formalidad, se interrumpía para cantar:

Arriba, Manolillo,  
 abajo, Manolé,  
 de la quinta pasada  
 yo te liberté;  
 de la que viene ahora  
 nó sé si podré...  
 arriba, Manolillo,  
 Manolillo Manolé.

Y todo esto era porque hacía mil ochocientos setenta y tantos años había nacido en el portal de Belén el Niño Jesús... ¿Qué le importaba al órgano? Y sin embargo, parecía que se volvía loco de alegría... que perdía la cabeza y echaba por aquellos tubos cónicos, por aquellas trompetas y cañones, chorros de notas que parecían lucecillas para alumbrar las almas.

El templo estaba oscuro. De trecho en trecho, colgado de un clavo en algún pilar, un quinqué de petróleo con reverbero, interrumpía las tinieblas que volvían a dominar poco más adelante. No había más luz que aquella esparcida por las naves, el trasaltar y el trascoro, y los cirios del altar y las velas del coro que brillaban á lo lejos, en alto, como estrellitas. Pero la música alegre botando de pilar en capilla, del pavimento á la bóveda, parecía iluminar la catedral con rayos del alba. Y no eran más que las doce. Empezaba la *misa del gallo*.

El órgano, con motivo de la alegría cristiana de aquella hora sublime, recordaba todos los aires populares clásicos en la tierra vetustense y los que el capricho del pueblo había puesto en moda aquellos últimos años. Á la Regenta le temblaba el alma con una emoción religiosa dulce, risueña, en que rebosaba una caridad universal; amor á todos los hombres, y á todas las criaturas... á las aves, á los brutos, á las yerbas del campo, á los gusanos de la tierra... á las ondas del mar, á los suspiros del aire... «La cosa era bien clara, la religión no podía ser más sencilla, más evidente: Dios estaba en el cielo presidiendo y amando su obra maravillosa, el Universo; el Hijo de Dios había nacido en la tierra y por tal honor y divina prueba de cariño, el mundo entero se alegraba y se ennoblecía; y no importaba que hubiesen pasado tantos siglos, el amor no cuenta el tiempo; hoy era tan cierto como en tiempo de los Apóstoles, que Dios había venido al mundo; el motivo para estar contentos todos los seres, el mismo. Por consiguiente, el organista hacía muy bien en declarar dignos del templo aquellos aires humildes, con que solía alegrarse el pueblo y que cantaban las vetustenses en sus bailes bulliciosos á cielo abierto. Aquel recuerdo de canciones efímeras, que habían sido un poco de aire olvidado, le parecía á la Regenta una delicada obra de caridad por parte del músico... Recordar lo más humilde, lo que menos vale, un poco de viento que pasó... y dignificar las emociones profanas del amor, de la alegría juvenil, haciendo resonar sus cantares en el templo, como ofrenda á los piés de Jesús... todo esto era hermoso, según Ana; la religión que lo consentía, maternal, cariñosa, artística.»

«No había allí barreras, en aquel momento, entre el templo y el mundo; la naturaleza entraba á borbotores por la puerta de la iglesia; en la música del órgano había recuerdos del verano, de las romerías alegres

del campo, de los cánticos de los marineros á la orilla del mar; y había olor á tomillo y á madreSelva, y olor á la playa, y olor arisco del monte, y dominándolos á todos olor místico, de poesía inefable... que arrancaba lagrimas...» La vigilia exaltaba los nervios de la Regenta... Su pensamiento al remontarse se extraviaba y al difundirse se desvanecía... Apoyó la cabeza contra la panza churrigueresca de un altar de piedra, nuevo, que era el principal de la capilla en que estaba, sumida en la sombra. Apenas pensaba ya, no hacía más que sentir.

La verja de bronce dorado que separaba la capilla mayor del crucero, se interrumpía en ambos extremos para dejar espacio á los púlpitos de hierro, todos filigrana. Servían de atriles para la Epístola y el Evangelio, sendas águilas doradas con las alas abiertas. Ana vió aparecer en el púlpito de la izquierda del altar la figura de Gloucester, siempre torcida, pero arrogante: la rica casulla de tela briscada despedía rayos herida por la luz de los ciriales que acompañaban al canónigo. El Arcediano, en cuanto calló el órgano, como quien quiere interrumpir una broma con una nota seria, leyó la epístola de san Pablo Apóstol á Tito, capítulo segundo, dándole una intención que no tenía. Agradábale á Gloucester tener ocupada por su cuenta la atención del público, y leía despacio, señalando con fuerza las terminaciones en *us* y en *i* y en *is*: por el tono que se daba al leer no parecía sino que la epístola de San Pablo era cosa del mismo Gloucester, una composicioncilla suya. El órgano, como si hubiera oído llover, en cuanto terminó el presuntuoso Arcediano, soltó el trapo, abrió todos sus agujeros, y volvió á regar la catedral con chorritos de canciones alegres; el fuelle parecía soplar en una fragua de la que salían chispas de música retozona; ahora tocaba como las gaitas del país, imitando el modo tosco é incorrecto

con que el gaitero jurado del Ayuntamiento interpretaba el brindis de la *Traviata* y el Miserere del *Trovador*. Por último, y cuando ya Ripamilán asomaba la cabecita vivaracha sobre el antepecho del otro púlpito para cantar el Evangelio, el organista la emprendió con la *mandilona*:

Ahora sí que estarás contentón,  
mandilón,  
mandilón,  
mandilón.

Los carlistas y liberales que llenaban el crucero celebraron la gracia, hubo cuchicheos, risas comprimidas y en esto vió la Regenta un signo de paz universal. En aquel momento, pensaba ella, unidos todos ante el Dios de todos, que nacía, las diferencias políticas eran nimiedades que se olvidaban.

Ripamilán no pudo menos de sonreír, mientras colocaba, con gran dificultad, el libro en que había de leer el Evangelio de San Lucas, sobre las alas del águila de hierro.

El Arcediano, en la escalera del púlpito esperaba con los brazos cruzados sobre la panza; cerca de él y haciendo guardia estaban dos acólitos con los ciriales; uno era Celedonio.

«*Secuentia Sancti Evangelii secundum Lucaam!*... cantó Ripamilán, muerto de sueño y aprovechándose del canto llano para bostezar en la última nota.

«*In illo tempore!*... continuó... En aquel tiempo se promulgó un edicto mandando empadronar á todo el mundo. Fué cosa de César Augusto, muy aficionado á la Estadística. «Este empadronamiento fué hecho por Cirino, que después fué gobernador de la Siria.» Ripamilán se dormía sobre el recuerdo de Cirino, pero al llegar al empadronamiento de José se animó el Arcipreste, figurándose á los santos esposos camino de

Bethlehem (ó mejor Belem.) Y sucedió que hallándose allí le llegó á María la hora de su alumbramiento; y dió á luz á su Hijo primogénito y envolvióle en pañales y recostóle en un pesebre.» Ripamilán leía ahora pausadamente, á ver si se enteraba el público. Cuando llegó á los pastores que estaban en vela, cuidando sus rebaños, don Cayetano recordó su grandísima afición á la égloga y se enterneció muy de veras.

Más enternecida estaba la Regenta, que seguía en su libro la sencilla y sublime narración. «¡El Niño Dios! El Niño Dios! Ella comprendía ahora toda la grandeza de aquella Religión dulce y poética que comenzaba en una cuna y acababa en una cruz. ¡Bendito Dios! las dulzuras que le pasaban por el alma, las mieles que gustaba su corazón, ó algo que tenía un poco más abajo, más hacia el medio de su cuerpo!... Y aquel Ripamilán allá arriba, aquel viejecillo que contaba lo del parto como si acabara de asistir á él! También Ripamilán estaba hermoso á su manera.»

En tanto el público empezaba á impacientarse, se iba acabando la formalidad, y en algunos rincones se oían risas que provocaba algún chusco. En la nave del trasaltar, la más oscura, escondidos en la sombra de los pilares y en las capillas, algunos señoritos se divertían en echar á rodar sobre el juego de damas del pavimento de mármol monedas de cobre, cuyo profano estrépito despertaba la codicia de la gente menuda; bandos de pilletes que ya esperaban ojo avizor la tradicional profanación, corían tras las monedas, y al caer tantos sobre una sola en racimo de carne y andrajos, excitaban la risa de los fieles, mientras ellos se empujaban, pisaban y mordían disputándose el ochavo miserable.

Pero llegaba la *ronda* y el racimo de pillos se deshacía, cada cual corría por su lado. La *ronda* la presidía el señor Magistral, de roquete y capa de coro; en las

manos, cruzadas sobre el vientre, llevaba el bonete; á derecha é izquierda, como dándole guardia, caminaban con paso solemne acólitos con sendas hachas de cera. La *ronda* daba vueltas por el trascoro, las naves y el trasaltar. Se vigilaba para evitar abusos de mayor cuantía. La oscuridad del templo, los excesos de la colación clásica, la falta de respeto que el pueblo creía tradicional en la *misa del gallo*, hacían necesarias todas estas precauciones.

Había otra clase de profanaciones que no podía evitar la *ronda*. Apinábbase el público en el crucero, oprimiéndose unos á otros contra la verja del altar mayor, y la valla del centro, debajo de los púlpitos, y quedaban en el resto de la catedral muy á sus anchas los pocos que preferían la comodidad al calorillo humano de aquel montón de carne repleta. Como la religión es igual para todos, allí se mezclaban todas las clases, edades y condiciones. Obdulia Fandiño, en pié, oía la *misa* apoyando su devocionario en la espalda de Pedro, el cocinero de Vegallana, y en la nuca sentía la viuda el aliento de Pepe Ronzal, que no podía, ni tal vez quería, impedir que los de atrás empujasen. Para la de Fandiño la religión era esto, apretarse, estrujarse sin distinción de clases ni sexos en las grandes solemnidades con que la Iglesia conmemora acontecimientos importantes de que ella, Obdulia, tenía muy confusa idea. Visitación estaba también allí, más cerca de la capilla, con la cabeza metida entre las rejas. Paco Vegallana, cerca de Visitación, fingía resistir la fuerza anónima que le arrojaba, como un oleaje, sobre su prima Edelmira. La joven, roja como una cereza, con los ojos en un san José de su devocionario y el alma en los movimientos de su primo, procuraba huir de la valla del centro contra la cual amenazaban aplastarla aquellas olas humanas, que allí en lo oscuro imitaban las del mar batiendo un peñasco, en la ne-

grura de su sombra. Todo el *elemento joven* de que hablaba *El Lábaro* en sus crónicas del *pequeñísimo gran mundo* de Vetusta, estaba allí, en el crucero de la catedral, oyendo como entre sueños el órgano, digiriendo la colación de Noche Buena, viendo lucecillas, sintiendo entre temblores de la pereza pinchazos de la carne. El sueño traía impíos disparates, ideas que eran profanaciones, y se desechaban para atenerse a los pecados veniales con que brindaba la realidad ambiente. Miradas y sonrisas, si la distancia no consentía otra cosa, iban y venían enfilándose como podían en aquella selva espesa de cabezas humanas. Se tosía mucho y no todas las toses eran ingenuas. En aquella quietud soporífera, en aquella oscuridad de pesadilla hubieran permanecido aquellos caballeros y aquellas señoritas hasta el amanecer, de buen grado. Obdulia pensaba, aunque es claro que no lo decía sino en el seno de la mayor confianza, pensaba, que el *hacer el oso*, que era a lo que llamaba *timarse* Joaquín Orgaz, si siempre era agradable, lo era mucho más en la iglesia, porque allí tenía un *cachet*. Y para la viuda las cosas con *cachet* eran las mejores.

«En la inmoralidad que acusaba aquella aglomeración de malos cristianos,» estaba pensando precisamente don Pompeyo Guimarán, que mal curado de una fiebre, había consentido en cenar con don Alvaro, Orgaz, Foja y demás trasnochadores en el Casino y había venido con ellos a la misa del gallo.

«¡Sí, le remordía la conciencia, en medio de su embriaguez, pero el hecho era que estaba allí. Habían empezado por emborracharle con un licor dulce que ahora le estaba dando náuseas, un licor que le había convertido el estómago en algo así, como una perfumería... ¡puf! ¡qué asco!; después le habían hecho comer más de la cuenta y beber, últimamente, de

todo. Y cuando él se preparaba a volverse a su casa, si alguno de aquellos señores tenía la bondad de acompañarle ¡oh colmo de las bromas pesadas y ofensivas! habían dado con él en medio de la catedral, donde no había puesto los pies hacía muchos años. Había protestado, había querido marcharse, pero no le dejaron, y él tampoco se atrevía a buscar solo su casa; y en la calle hacía frío.»

—Señores—dijo en voz baja a don Alvaro y a Orgaz—conste que protesto, y que obedezco a fuerza mayor, a la fuerza de la borrachera de Vds., al permanecer en semejante sitio.

—Bien, hombre, bien!

—Conste que esto no es una abdicación...

—No... qué ha de ser... abdicación...

—Ni una profanación. Yo respeto todas las religiones, aunque no profeso ninguna... ¿Qué dirá el mundo si sabe que yo vengo aquí... con una compañía de borrachos matriculados? Reconozco en el *Palomo* el derecho de arrojar me del templo a latigazos ó a patadas...

—Ya lo sabemos, hombre...—pudo balbucear Foja.

—En resumen: don Pompeyo reconoce que él aquí representa lo mismo... que los perros en misa.

—Comparación exacta... eso, yo aquí lo mismo que un perro... Y además esto repugna... Oigan Vds. a ese organista, borracho como Vds. probablemente: convierte el templo del Señor, llamémoslo así, en un baile de candil... en una orgía... Señores, ¿en qué quedamos, es que ha nacido Cristo ó es que ha resucitado el dios Pan?

—Y Pun, Pin, Pun!... yo soy el general... Bum Bum!

Esto lo cantó bajito Joaquín Orgaz, tocando el tambor en la cabeza de Guimarán. Y acto continuo el mediquillo salió de la capilla oscura donde se represen-

taba tal escena, y se fué á buscar una aguja en un pajar, como él dijo, esto es, á buscar á Obdulia entre la multitud. Y la encontró, emparedada entre el formidable Ronzal y el cocinero de Paco. Joaquín dió media vuelta y se volvió al lado de don Pompeyo.

La capilla desde la que oía misa la Regenta estaba separada sólo por una verja alta de la en que se habían escondido los trasnochadores del Casino. Ana oyó la voz de Orgaz que disuadía al ateo de su propósito de abandonar el templo. Pero de una capilla á otra no se distinguían las personas, sólo se veían bultos.

Cuando pasó la ronda fué otra cosa; las hachas de los acólitos dejaron á Anita ver á una claridad temblorosa y amarillenta la figura arrogante del Magistral al mismo tiempo que la esbelta y graciosa de don Alvaro, que con los ojos medio cerrados, semidormido, con la cabeza inclinada, y cogido á la verja que separaba las capillas, parecía atender á los oficios divinos con el recogimiento propio de un sincero cristiano.

El Magistral también pudo ver á la Regenta y á don Alvaro, casi juntos, aunque mediaba entre ellos la verja. Le tembló el bonete en las manos; necesitó gran esfuerzo para continuar aquella procesión que en aquel instante le pareció ridícula.

Mesía no vió ni al Magistral, ni á la Regenta, ni á nadie. Estaba medio dormido en pié. Estaba borracho, pero en la embriaguez no era nunca escandaloso. Nadie sospechaba su estado.

Ana siguió viendo á don Alvaro aun después que la ronda se alejó con sus luces soñolientas. Siguió viéndole en su cerebro; y se le antojó vestido de rojo, con un traje muy ajustado y muy airoso. No sabía si era aquello un traje de Mefistófeles de ópera ó el de cazador elegante, pero estaba el enemigo muy hermoso, muy hermoso... «Y estaba allí cerca, detrás de aquella reja; si daba tres pasos podía tocarla á ella!» El órgano

se despedía de los fieles con las mayores locuras del repertorio; un aire que Ana había oído por primera vez al lado de Mesía, en la romería de san Blas, aquel mismo año... Cerró los ojos, que se le habían llenado de lágrimas... ¡Por dónde la tomaba ahora la tentación! Se hacía sentimental, tierna, evocaba recuerdos, la autoridad de los recuerdos, que era siempre cosa sagrada, dulce, entrañable... ¿Qué había pasado en aquella romería de san Blas? Nada, y sin embargo, ahora recordando aquella tarde, por culpa del organista, Ana veía á don Alvaro á su lado, muerto de amor, mudo de respeto, y á sí misma se veía, contenta en lo más hondo del alma... ¡ay sí, ay sí!... en unas honduras del alma, ó del cuerpo, ó del infierno... á que no llegaban las suaves pláticas de misticismo y fraternidad de que seguía gozando en compañía de aquel señor canónigo que acababa de pasar por allí, con las manos cruzadas sobre el vientre, rodeado de monaguillos.»

Cuando Ana procuró sacudir, moviendo la cabeza, aquellas imágenes importunas y pecaminosas, el templo iba quedándose vacío. Tuvo ella frío y casi casi miedo á la sombra de un confesonario en que se apoyaba. Se levantó y salió de la catedral, que empezaba á dormirse.

El órgano se había callado como un borracho que duerme después de alborotar el mundo. Las luces se apagaban...

En el pórtico encontró Ana al Magistral.

Don Fermín estaba pálido; lo vió ella á la luz de una cerilla que encendieron por allí. Cuando volvió la oscuridad, De Pas se acercó á la Regenta y con una voz dulce en que había quejas le preguntó:

—¿Se ha divertido Vd. en misa?

—¡Divertirme en misa!

—Quiero decir... si le ha gustado... lo que tocan... lo que cantan...

Notó Ana que su confesor no sabía lo que decía. En aquel momento salían del pórtico; en la calle había algunos grupos de rezagados. Había que separarse.

—¡Buenas noches, buenas noches!—dijo el Magistral con tono de mal humor, casi con ira.

Y embozándose sin decir más, tomó á paso largo el camino de su casa.

Ana sintió deseos de seguirle: ella no sabía por qué, pero le tenía enfadado: ¿qué había hecho ella? Pensar, pensar en el enemigo, gozar con recuerdos visitados... pero... de todo eso ¿cómo podía tener don Fermín noticia?... ¡Y se había marchado así! Una profunda lástima y una gratitud que parecía amor invadieron el ánimo de Ana en aquel instante... «¡Oh! ¿por qué ella no podía ahora ir con aquel hombre, llamarle, consolarle... probarle que era la de siempre, que ella no le volvía la espalda como tantas otras?...» «Sí, sí, le volvían la espalda á él, el santo, el hombre de genio, el mártir de la piedad... le volvían la espalda las que antes se le disputaban, y todo ¿por qué? por viles calumnias. Ella no, ella creía en él... le seguiría ciega al fin del mundo; sabía que entre él y santa Teresa la habían salvado del Infierno...» Pero no se podía correr detrás de él para consolarle, para decirle todo esto. ¿Qué hubiera pensado, sin ir más lejos, Petra la doncella que estaba allí, á su lado, silenciosa, sonriente, cada día más antipática, y más servicial... y más insufrible!»

Petra, mientras hablaron el Magistral y Ana se había separado discretamente dos pasos. Al ver al Provisor escapar y embozarse con tanto garbo, pensó la criada:

«Están de monos» y sonrió.

La Regenta tomó el camino de la Plaza Nueva. Iba andando medio dormida; estaba como embriagada de sueño y música y fantasías... Sin saber cómo se encon-

tró en el portal de su casa pensando en el Niño Jesús, en su cuna, en el portal de Belén. Ella se figuraba la escena como la representaba un *nacimiento* que había visto aquella noche á primera hora.

Cuando se quedó sola en su tocador, se puso á despeinarse frente al espejo; suelto el cabello, cayó sobre la espalda.

«Era verdad, ella se parecía á la Virgen; á la Virgen de la Silla... pero le faltaba el niño;» y cruzada de brazos se estuvo contemplando algunos segundos.

Á veces tenía miedo de volverse loca. La piedad huía de repente, y la dominaba una pereza invencible de buscar el remedio para aquella sequedad del alma en la oración ó en las lecturas piadosas. Ya meditaba pocas veces. Si se paraba á evocar pensamientos religiosos, á contemplar abstracciones sagradas, en vez de Dios se-le presentaba Mesía.

«Creía que había muerto aquella Ana que iba y venía de la desesperación á la esperanza, de la rebeldía á la resignación, y no había tal; estaba allí, dentro de ella; sojuzgada, sí, perseguida, arrinconada, pero no muerta. Como san Juan Degollado daba voces desde la cisterna en que Herodías le guardaba, la Regenta rebelde, la pecadora de pensamiento, gritaba desde el fondo de las entrañas, y sus gritos se oían por todo el cerebro. Aquella Ana prohibida era una especie de tenía que se comía todos los buenos propósitos de Ana la devota, la *hermana* humilde y cariñosa del Magistral.

» ¡El Niño Jesús! ¡Qué dulce emoción despertaba aquella imagen! ¿Pero por qué había servido el evocarla para dar tormento al cerebro? La necesidad del amor maternal se despertaba en aquella hora de vigilia con una vaguedad tierna, anhelante.»

Ana se vió en su tocador en una soledad que la asustaba y daba frío... ¡Un hijo, un hijo hubiera puesto fin